



Sirvienta holandesa

constituye el carácter y mérito de la ginebra Hulstkamp. La elección de los granos en primer lugar: sabido es que no todas las especies de granos dan espirituosos de igual calidad. El centeno y la cebada son preferibles, por ejemplo, al maíz y aun á la avena. La casa de que hablamos, que tiene en industrias de refinera sus títulos de nobleza, no conoce esos procedimientos de fabricación inferior. Opera con el malto, compuesto de cebada y de centeno de Riga, y luego braceado hábilmente y mantenido algún tiempo á unos veinte grados en vastas piezas frescas para que no se agríe el mosto.

Viene después la fermentación y la adición de la enebrina ó sean bayas de enebro, de coriandro ó cilantro, y para reforzar, á veces, del iris, que da á la ginebra sus diversos matices de aroma, según su calidad. Guárdanse estas bayas con el mayor cuidado por espacio de tres y aun cuatro años para asegurar su completa desecación, sin que pierdan nada de su aroma.

A estos minuciosos procedimientos hay que añadir la última y capital precaución, que hemos indicado más arriba: la estación, el reposo en vastas reservas de la fábrica, reposo ó sueño á que la ginebra Hulstkamp debe su exquisito aroma, despojada de todo sabor ó de grano como los demás caldos se despojan de su gusto á terruño. Este sistema es especial y merece por lo mismo esta mención, porque á esta feliz idea deben los gastrónomos conocer la ginebra de raza, que justifica plenamente su nombre de *viejo Schiedam*.

Y se piensa en esas peregrinaciones cada vez más lejanas que hacen los licores del tranquilo y laborioso Rotterdam, saboreando bajo la tienda del bar holandés esa ginebra Hulstkamp, gloria y honor de la casa, que sirve con el mayor agrado, aseo y prontitud, en una copa como un cáliz de tulipán, una de las jóvenes holandesas, que esperan órdenes de servicio detrás del mostrador de esculpido roble.

Sentado á estas mesitas de madera exágonas y de tres pies y en perspectiva el pabellón de altos vidrios con el escudo del León de los Países Bajos, se cret uno á mil leguas de la Argelia, de la Hungría y de los ferrocarriles, á pesar de los silbidos de Decauville, de la estridente música árabe y de la no más dulce, aunque sí más lejana, de la orquesta tzigana. Está uno en el muelle de un tranquilo canal, á orillas de un Amstel. No hay más que cerrar los ojos, y el dulce y espirituoso aroma transporta á la Venecia del Norte, al país de los pólderes y de los diques, donde á su voluntad se hace uno el sol con un trago de licor.

LEÓN PRADEL.



La Nuba

EL PALACIO ARGELINO

¿Habéis visitado á Argel, la blanca ciudad tan vistosamente escalonada á orillas del luciente Mediterráneo? Veo desde aquí todo el horizonte que la envuelve, las terrazas que la cortan, el *Kasbah* que la corona, los fuertes que la guardan, el risueño cielo que extiende por encima de ella su inmenso manto azul.

En el campo que la circuye, se extienden al infinito algunos caminos entre cactus y nopales. Por un lado, corre el pensamiento hacia el azulado mar de olas regulares, bordadas de plata; por otro vuela á las cimas, también azuladas, de los montes kábilas, cuya crestería festonea los términos lejanos.

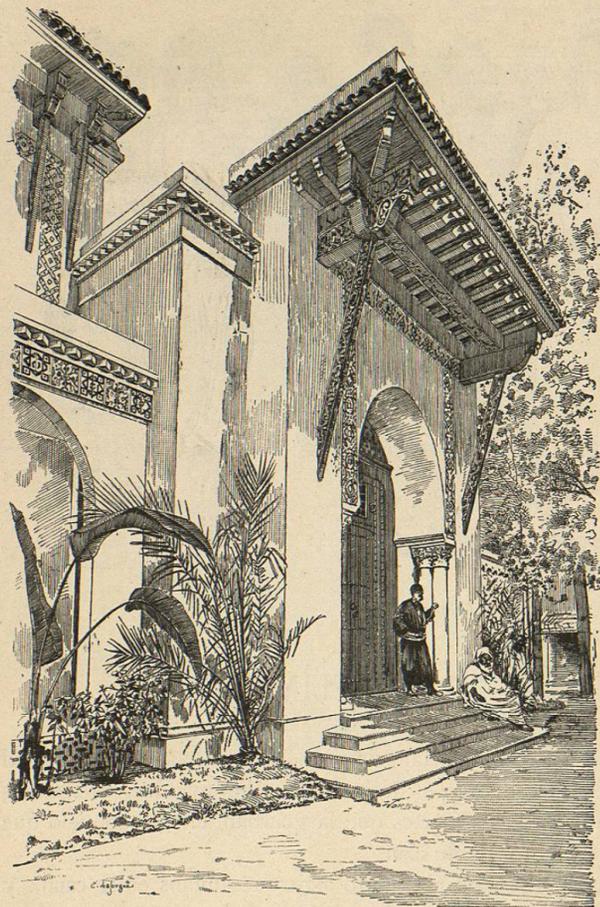
Allí se vive dulcemente entre naranjos y rosales, palmeras de hojas estrechas y largas y cauchúes de hojas relucientes y grasas.

De un grupo de árboles se destaca oportunamente algún minarete, y de él sale, cuando declina el día, la voz del *muezin* llamando á los fieles á la oración.

Y queda uno bajo el encanto de tales impresiones. ¿Por qué es la vida tan llena y tan corta? ¿Por qué nos encadenan las circunstancias á un rincón de tierra húmedo y frío? Sería tan dulce partir, ir á buscar la luz para los ojos y la paz para el corazón, lejos, muy lejos de nuestras ciudades occidentales, turbulentas, sombrías, inquietas, adormecidas bajo un pesado cielo.

¡Ah! los destinos nos retienen, y es preciso contentarnos con la ilusión de los viajes.

Henos aquí en la explanada de los Inválidos, en medio de un jardín plantado de palmeras de tronco fibroso; como guarnecido de pardusca estopa, ostentando sus hojas cortadas en forma de abanico, ó encorvadas hacia el suelo, amplias, plegadas y rasgadas por



Puerta lateral del palacio de Argelia

gelina, construido por M. Alberto Ballu y M. Emilio Marquette, arquitectos ó magos.

Palacio árabe, dicen muchos. No, palacio argelino. En la arquitectura árabe hay estilos particulares, que pueden reconocerse fácilmente por sus especiales elementos. El estilo de Argel ofrece algunos bastante inesperados. Ninguna ciudad del litoral del Mediterráneo podía competir antes con la ciudad de los deyes en cuanto á elegancia y magnificencia. Las grandes construcciones eran allí suntuosas y hasta las sencillas casas mostraban ciertos refinamientos de arte: mármoles preciosos, armoniosos azulejos y ricas telas.

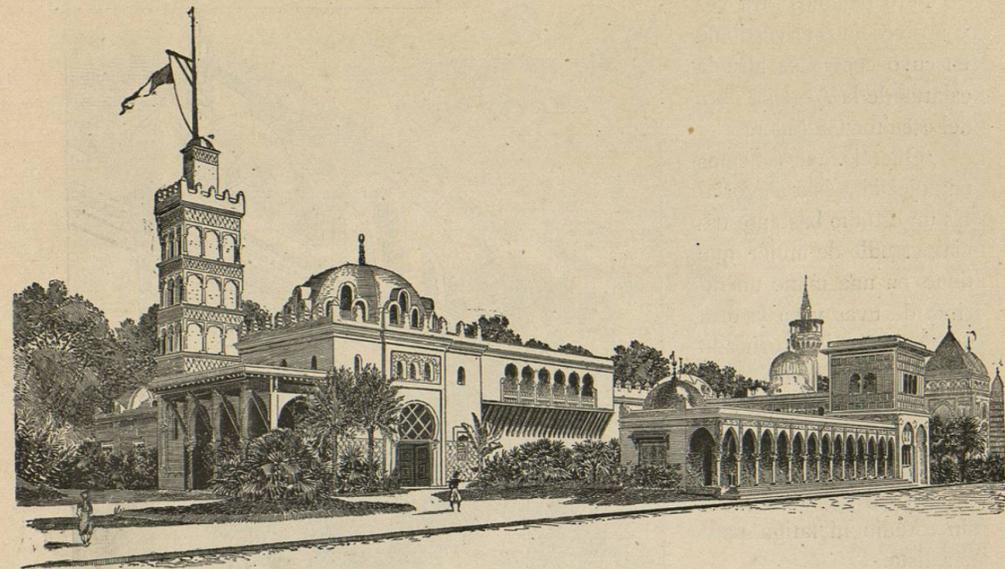
Por desgracia, no se cuidaban allí tanto como hubiera convenido de la nacionalidad de las materias y de los caracteres. Los azulejos provenían con frecuencia de Italia, algunas veces de Holanda y principalmente de Delft, y no pocas de Persia, país de consumados cerámicos.

En cuanto á los mármoles, se compraban, por lo regular, ya labrados, en Liorna ó en Génova, lo que explica las numerosas columnas de tipo antiguo ó de Renacimiento que se encuentran en los monumentos argelinos. Los escultores se limitaban, cuando trabajaban para los musulmanes, á sustituir la rosa acostumbrada con la media luna.

sus nervaduras. Por delante de nosotros se levanta un edificio con arcos, galerías, *loggias*, cúpulas aplanadas, dominando toda la construcción un minarete en que ondea la bandera tricolor. Algunos niños árabes juegan en las inmediaciones entre verdes exóticos, cuya sombra neta y negra se prolonga en caprichosos recortes. De vez en cuando pasa un hombre de las tiendas y va á sentarse al pie de un árbol, quedándose allí inmóvil en cualquiera actitud, y músicas de Oriente nos envían ecos de gangosa sonoridad y rítmicas percusiones.

¿Estamos en París? ¿Estamos en Africa? ¿Qué palacio es aquel edificio oriental, cuyas blancas superficies, adornadas de azulejos, tanto brillan al sol y á cuyo entorno se despiertan á porfía las sensaciones africanas?

Tenemos á la vista el palacio de la exposición ar-



Vista general del palacio de la Argelia

Vese pues, que bajo el punto de vista africano, la arquitectura argelina carece de pureza. Esto no le impide, á Dios gracias, tener carácter y elegancia, y el palacio de la explanada lo prueba perfectamente.

Digamos desde luego que cada una de las partes que lo constituyen se refiere á un edificio de Argel. Así el minarete y la *Kuba* están inspirados en la célebre mezquita de Sidi-Abd-er-Rhaman. Por aquí hay que comenzar su visita. Se ha tenido presente la mezquita en esta construcción por dos razones considerables: la primera por su importancia, pues no se conoce otra más notable; y la segunda, el estar considerada como uno de los más venerados santuarios del Islam en toda la Argelia.

Fué erigida esta mezquita á la memoria de un austero solitario, famoso en la leyenda popular, marabut, á quien los árabes atribuyen, piadosamente creyendo, la ruina de la armada de Carlos V. Todo parecía perdido: la armada española avanzaba, viento en popa y en orden invencible por aguas tan serenas como una balsa de aceite, mientras Alah se hacía el sordo á los ruegos de los creyentes; cuando veis aquí que Sidi-Abd-er-Rhaman baja á la playa con una varita en la mano. Con la punta de esta varita mágica diz que agitó el solitario las serenas aguas y muy luego rompieron y se sublevaron las olas en espantable tempestad dando buena cuenta de la poderosa armada.

A la derecha del minarete, una porchada de tres arcos de herradura, da acceso á la mezquita, ó mejor dicho, al vestíbulo situado bajo la *Kuba*.

Este *Kuba* ó cúpula sobre un plano cuadrado está rodeada interiormente de un balcón corrido, por donde se llega á las dos *loggias* de afuera, imitadas de las del Kasbah y del Museo de Argel. Una escalera, revestida de azulejos, dispuesta en el minarete, conduce al balcón circular y á las dos galerías en saliente exterior, sostenidas por tirantes pintados de verde y guarnecidas de celosías verdes también. Una de estas galerías da al patio plantado de palmeras; la otra da vista al Sena.

Pero bajemos otra vez y atravesemos el vestíbulo en cuyo centro se alza la estatua de la Argelia, obra del escultor Gauthier.

¿Queréis que echemos una ojeada á esta alegoría? Es un estudio bastante trivial, estudio de mujer, que tiene en una mano un racimo de uvas y en la otra una naranja, y acurrucado á sus pies un joven segador completamente desnudo y sin carácter. Semejantes alegorías se pueden hacer para todos los usos, sin estudio ni fatiga para el artista.

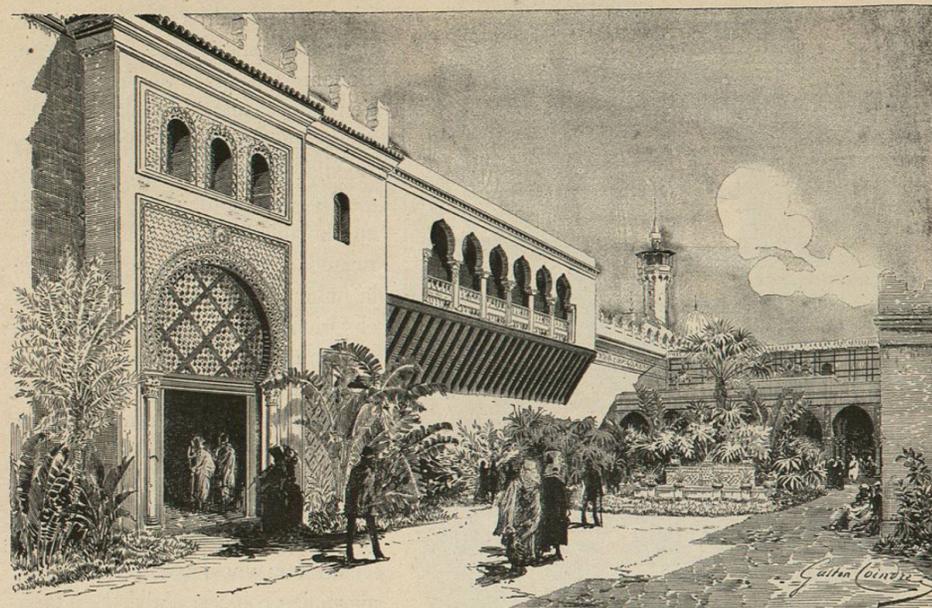
Penetremos ahora por enfrente de la entrada en la galería que se ofrece á nuestros ojos. Los arcos de esta galería están cuajados de arabescos, hechos minuciosamente á cuchillo, y la luz se ciérne por las vidrieras del techo, vidrieras pintadas de azul bajo y rosa desmayada, y techos decorados con esas fantasías geométricas de vivos colores yuxtapuestos, de que tanto gustan los argelinos.

El bellissimo salón á que se llega toma el estilo de su techumbre y sus revestimientos de la magnífica casa moruna, hoy palacio arzobispal de Argel. Era en otro tiempo la casa del *kasnadar* ó tesorero del dey, y todavía se conoce entre los árabes con la denominación de *Dar Aziza Bey*. No nos preguntéis nada acerca de este *bey Aziza* que la construyó ó estableció en ella su morada: mal que me pese, no he podido adquirir datos sobre este punto; pero el decorado de este salón nos permite creer que fué un hombre de gusto.

El Museo y la Biblioteca estaban reservados á los deyes de Constantina, de Orán y de Titari, durante la estancia que debían hacer en Argel estos fieros vasallos, obligados á llevar por sí mismos su tributo al soberano. Una puerta de este museo está reproducida



Entrada del palacio argelino



Vista interior del palacio de Argel

en la bella fachada que hace frente á los edificios de la exposición tunecina. Y es lástima que se ostente en un estrecho paso, porque el público no mira lo que no se presenta de frente, en el aislamiento de un grande espacio y de una luz llena, que haga brillar los detalles y salientes como cartas de recomendación.

No es decir que este lado del palacio no esté visitado. Hay allí un poyo adosado á la pared, y revestido de azulejos con dibujos azules y blancos, donde todas las tardes de fiesta se encuentran despreocupados que meriendan económicamente despachando su ración de democrática ternera y de legendario salchichón. El pueblo humilde y la modesta burguesía hacen en la Exposición verdaderas partidas de campo. Van allá con provisiones y allá permanecen hasta la iluminación de las fuentes.

¡Ah! ¡qué acertados anduvieron los organizadores de la Exposición doblando el precio de las entradas después de las seis de la tarde! La gente menuda calcula bien su tiempo para pasar los postigos antes del cañonazo y merendar por aquí ó por allá, quien en un banco, quien en un escalón, quien sobre la hierba. Y es una merienda campestre en medio de París.

Sigamos ahora la avenida central de la explanada de los Inválidos. Una serie de arcos muy pintorescos oculta las muy pintorescas tiendas, donde á vista del público trabajan los industriales indígenas. Allí se borda, se hacen babuchas, se guarnecen de lentejuelas los velos... De muy buena gana se entretiene el visitante en estas curiosidades; pero en verdad no se ha visto todo. Atravesad el jardín en que se han aclimatado las vegetaciones africanas, pasad á la gran galería por el bello patinillo interior, lleno de transparente sombra bajo sus ligeros arcos y sus zócalos de azulejos, y de vuelta al vestíbulo veréis á la derecha el salón de Bellas Artes argelinas.